

LA NAVIDAD EN LA TRADICIÓN



Joaquín Díaz

Prefacio

Cuando San Francisco de Asís *"inventó el Belén"*, le preguntó el hermano León: ¿Qué es La Navidad? San Francisco respondió balbuciendo: Es Belén, es paz, es gozo, es esperanza, es bondad, es amor, es luz, es ternura, es amanecer... es SILENCIO...

Y podría haber dicho muchas cosas más. Seguro que las dijo. Y cada uno de nosotros podríamos añadir: es fiesta entrañable, son recuerdos de familia, de infancia, de tertulias y villancicos.

Para el Ángel es la mejor noticia *"Os traigo una buena noticia – son palabras angélicas – una gran alegría: os ha nacido un Salvador"* (Lc. 2, 10–11).

Preparemos el nacimiento del Mesías, preparemos nuestro corazón, *"nuestro Belén"*. Es lo que nos pedía recientemente el Santo Padre y además en lengua española: *"Intensificad la preparación para la venida del Salvador mediante un mejor sentido de la austeridad en vuestra vida, la oración incesante y la práctica generosa de la caridad con nuestros hermanos"*.

Dios va a nacer. Démosle posada, abrámosle el corazón: *"nace donde hay un caliente corazón"* (Himno de Vísperas de Navidad).

Nuestra Parroquia, un año más, quiere celebrar la Navidad con fe, con amor y con piedad, en torno al Belén artístico, precioso, orgullo de los feligreses y admiración de todos los que lo contemplan, padres e hijos, niños y abuelos... Pero para vivirla de verdad hay que comenzar por acercarse espiritualmente al Portal de Belén, y allí arrodillarnos junto a la cuna del Niño, adorarle, darle gracias, recibirlo en nuestros brazos y en nuestro corazón con la misma reverencia y la misma ternura de la Virgen María.

"Quisiéramos, haciendo nuestras las palabras del Papa Benedicto XVI, que nuestro Belén, nuestra Parroquia, en este contexto social, ampliamente secularizado, fuera un faro que irradiara la luz de la fe y se acercara a los deseos más profundos del hombre dando esperanza a la vida de las personas y de las familias".

Este año la Parroquia os quiere transmitir el Pregón Navideño a través de D. Joaquín Díaz, buen pregonero que *"nos traerá de nuevo a la memoria la inolvidable y entrañable infancia del villancico, de la pandereta, de la Misa del Gallo y cena familiar"*. Zamorano de nacimiento y de arraigo vallisoletano, gran conocedor de la cultura tradicional y de ancestrales costumbres cristianas. Ilustre conferenciante en casi todas las universidades españolas y otras muchas de Portugal, Francia, Italia, Alemania, Holanda y Estados Unidos. Da a conocer la música tradicional en programas de radio y televisión de Europa, Asia y América. Desde hace años se dedica íntegramente a la investigación de la cultura popular, especialmente de la Comunidad de Castilla y León.

Ha publicado más de medio centenar de libros sobre diversos aspectos de la tradición oral: romances y canciones, cuentos, expresiones populares, etc. Y tiene grabados decenas de discos.

Seguro que D. Joaquín Díaz nos ayudará a acercarnos al Misterio de la Navidad con fe, con alegría, con esperanza, con ilusión y sin prisa alguna.

Os invito a leer su encantador pregón.

Termino con estas emotivas palabras de nuestro Pregonero:

"La Navidad es una época especial en la que tiene sentido la brasa del amor. Porque en Navidad hay encerradas muchas emociones y muchos recuerdos de infancias pasadas ... La navidad, ya lo sabemos, nos invita a todos a ser mejores. Y...nos hacemos la ilusión de que podemos serlo".

Llevemos al Niño nuestros propósitos de ser mejores. ¡Feliz Navidad!

Jesús Mateo
Párroco

LA NAVIDAD EN LA TRADICIÓN

Pregón de Navidad

AÑO 2006

La Navidad, por ser una época en que los acontecimientos normales dejan de serlo y los que no lo son acceden al primer plano de la actualidad, ha venido a representar en muchos aspectos y para muchas personas un período de acumulación de actividades y sentimientos sobre los que el individuo tiene cada vez menos posibilidades de actuar, desde esa inercia de acontecimientos sociales, comerciales, de moda y de toda índole que como un alud se precipitan sobre su atribulada cotidianidad. Y por todo ello, además, es una época de miedos, de temores instintivos. Miedo a que la felicidad dure tan poco; a que el desasosiego del resto del año no se resigne a mantenerse inactivo durante estos días, preparados con tanta ilusión y orden; miedo redivivo a que los magos nos traigan carbón por nuestro comportamiento; miedos solapados en medio de luces parpadeantes y melodías familiares...

Pero además de todo esto la Navidad es, evidentemente, un cúmulo de tradiciones que se han venido reuniendo durante siglos para un fin primordial: celebrar el nacimiento de Cristo, Dios y hombre, y recordarlo a través de hermosas historias que hablan de amor y altruismo. Como toda tradición, conviene que sea, asimismo, un hecho cíclico para que cada año nos sirva de recordatorio y actualice nuestros conocimientos. Mi pregón de hoy va a ir destinado a sacar a la luz algunos de esos conocimientos, espero que los más singulares y peregrinos, porque los habituales nos los recordarán los medios de comunicación y los altavoces de la calle y de las grandes superficies comerciales.

Comencemos por el escenario y los actores de la trama. Una de las tradiciones cristianas más antiguas supone que los pastores fueron los primeros seres humanos que visitaron al niño Jesús en Belén. Ya san Lucas nos recuerda que esos pastores dormían al raso para vigilar el ganado por turno durante la noche. Tan pronto como nació el niño, un ángel se les presentó anunciándoles la buena nueva; la leyenda nos les pinta llevando al portal diferentes obsequios como leche, mantequilla, queso o algún corderillo. Sólo en un evangelio apócrifo –es decir en una de las muchas escrituras que la Iglesia de los primeros siglos no aceptó como canónicas– san José se queja, al alabar los presentes que habían traído los reyes magos, de que los pastores habían llegado antes con las manos vacías. Lo normal, sin embargo, es lo contrario y en alguna tradición incluso se les santifica por su generosidad, como en aquella leyenda salmantina según la cual se encuentran en la villa de Ledesma los restos de los gloriosos Josefo, Isacio y Jacobo, pastores de Belén que merecieron el privilegio de ver y adorar los primeros a Cristo recién nacido en el portal. Esta noticia la da Luitprando, el historiador lombardo, en su obra *Antapodosis* que narra los principales hechos acaecidos entre los años 886 y 949 de la era cristiana. Que eran tres ya lo había desvelado Beda el venerable en una obra sobre los santos lugares en la que habla de una iglesia edificada en el lugar del hecho, a mil pasos de Belén y denominada Ecclesia trium pastorum. Al parecer las reliquias de los tres afortunados llegaron a tierras salmantinas el año 937, traídas por un devoto ante el peligro que corrían sus sepulturas en Jerusalén, amenazada por los sarracenos. En Ledesma se creó una hermandad o cofradía que, como tantas otras, entró en decadencia con la reagrupación y purga de los ilustrados y firmó su sentencia de desaparición a fines del siglo pasado. No se volvería a hablar del arca que contenía los restos hasta el año 1965 en que se reencontró en la iglesia de san Pedro con motivo de una restauración.

He dicho muchas veces que el oficio de pastor, pese a la consideración de que disfrutó desde los tiempos bíblicos hasta la edad media –todavía en los siglos medios se hablaba del bondadoso pastor Abel frente al impío Caín, el labrador–, ha venido perdiendo estimación social de forma injusta a todas luces con el paso del tiempo. En medio de este ambiente de rebaños, rabadanes y lobos no es muy extraño que se desarrollaran creencias legendarias como la siguiente que voy a traer a colación: Se cree que la persona que nace la noche del 24 de diciembre tiene muchas posibilidades de ser lobishome, es decir, hombre lobo, y ello porque las fuerzas de la naturaleza, distraídas por el hecho solemne y repetido cada año del nacimiento de Cristo, no atenderán con el suficiente interés el momento de dar a luz a otras personas y éstas quedarán a medio camino entre lo animal y lo humano. Otras tradiciones, por el contrario, creen que el hecho de nacer en la misma fecha en que lo hizo Jesús concederá una gracia especial a quien tenga la suerte de ser alumbrado esa noche y así será zahorí o adivinador de los lugares en que se encuentran tesoros ocultos. Otros dicen que tendrá el poder de pasarse una plancha de hierro por la lengua sin sentir dolor o de caminar sobre el fuego sin experimentar daño alguno; incluso podrá curar la rabia, sanar las verrugas y acabar con cualquier enfermedad del ganado. En cualquier caso, sea saludador o zahorí, su poder nace del hecho de que la naturaleza, la noche del 24 de diciembre, se está quieta, se suspende, y todo su poder se concentra en determinadas personas que en ese momento están naciendo. Esta creencia es muy antigua y proviene probablemente de las narraciones y leyendas apócrifas que dicen que todas las cosas se pararon en el mundo durante el nacimiento de Cristo, silenciosas y atemorizadas.

Finalmente hay quien piensa que el poder de curar lo concede expresamente el niño Jesús, que ya llegó a este mundo realizando prodigios. Se cuenta en el evangelio apócrifo del Pseudo Mateo

que san José, a punto de dar a luz María, salió de la gruta en busca de ayuda regresando con dos parteras llamadas Salomé y Zelomi. Salomé intentó tocar a la Virgen y su mano quedó seca al instante; entonces se acercó al niño, le adoró y tocó los pañales en que estaba envuelto, volviendo a recobrar la normalidad su mano.

También la noche del 24 tiene lugar otra de las costumbres cristianas más firmes en este tiempo, que es la misa del gallo. El sabio Mabillón indicaba que era la misa que se celebraba a media noche, pero el *Glosarium* llamaba así a la misa de la aurora o de la primera luz, lo cual nos da una pista sobre su denominación actual en relación con el animal que anuncia la llegada del día. Ya se sabe que desde el papa san Gregorio –otros dicen que desde los tiempos de san Telesforo– es costumbre que los sacerdotes celebren ese día tres misas: unos dicen que para honrar las tres personas de la Santísima Trinidad; otros que para recordar el nacimiento, la adoración de los pastores y la solemnidad del hecho; los hay, finalmente, que piensan que la misa del gallo dicha a media noche es para celebrar el nacimiento temporal del Salvador, la del amanecer para alegrarnos por su resurrección y la solemne, cercana al mediodía, para recordar su nacimiento eterno en el seno del Padre. Lo cierto es que la misa del gallo ha seguido teniendo una gran afluencia de público a lo largo de los siglos aunque la Iglesia, una y otra vez, ha venido recomendando compostura pues esa noche, por la comida y sobre todo por la bebida, eran muchos los fieles que no acudían en condiciones óptimas al templo.

Coincidiendo con esa misa del gallo, se ha mantenido la costumbre, desde hace mucho tiempo, de representar en pueblos y ciudades un tipo de auto que conmemoraba el momento en que los pastores se acercaron a adorar al niño; en Castilla y León esta tradición recibía el nombre específico de *Corderada* o *Pastorada* –precisamente porque eran los pastores estantes quienes lo hacían

y solían ofrecer una cordera— y se ensayaba durante meses bajo la atenta dirección de un maestro de ceremonias que solía saberse todos los papeles y repartir, entre los pastores más adecuados por sus características, los roles de la dramatización. Ésta consistía en una serie de diálogos entre un zagal y un mayoral quienes discutían acerca de si se había aparecido o no una estrella o un ángel en el cielo. Finalmente, persuadido por los hechos, el incrédulo zagal quedaba convencido y animaba a sus compañeros a ir a ver al niño para llevarle una serie de ofrendas. Todo este argumento iba adobado con villancicos y romances que se cantaban acompañados de instrumentos populares —palillos, panderetas, etc— y que a veces se bailaban en el mismo presbiterio entrechocando los cayados que llevaban. Hay que añadir que esta costumbre se ha mantenido viva hasta nuestros días gracias a que su finalidad principal era la de ofrecer una cordera a la Virgen por algún favor recibido o que se esperara recibir; no hace falta decir que siempre había algún motivo que aconsejaba el espectáculo y que ponía en marcha la parafernalia consiguiente.

Por cierto, hablando de romances de los que se cantaban en esta época —aunque no fuesen específicamente los de la Pastorada— hay que recordar que solían narrar episodios amplificadas de los evangelios, fuesen apócrifos o canónicos. Los más conocidos y populares son dos que relatan dos milagros de Jesús. Uno de ellos, “La Virgen y el ciego”, cuenta cómo un invidente deja que la sagrada familia tome unas naranjas de su huerto para calmar la sed del viaje; viaje que, por cierto, emprenden desde Egipto a Belén una vez pasado el peligro de la degollación de los inocentes. Algunos apócrifos, como el Pseudo Mateo, se entretienen en la huida a Egipto a donde ya llega Jesús haciendo milagros e incluso hablando. Es fácil que el episodio del ciego y la Virgen esté basado en narraciones como la que voy a leer:



“Y ocurrió que al tercer día de su viaje, María estaba fatigada en el desierto por el ardor del sol y viendo una palmera dijo a José:— Voy a descansar un poco a su sombra. Y José la condujo hasta la palmera y la hizo apearse de su montura. Cuando María estuvo sentada, levantó los ojos a la palmera y viendo que estaba cargada de frutos dijo a José: —Yo quisiera, si fuese posible, probar los frutos de esta palmera. Y José la dijo:

—Me sorprende que hables así viendo la altura de este árbol y que pienses en comer sus frutos. Lo que a mí me preocupa es la falta de agua pues ya no queda nada en nuestros odres y no tenemos para nosotros ni para nuestros animales.

Entonces el niño Jesús que descansaba, con la figura serena y puesto sobre las rodillas de su madre, dijo a la palmera: —Arbol, inclínate y alimenta a mi madre con tus frutos. Y a estas palabras,

la palmera inclinó su copa hasta los pies de María y cogieron frutos con que hicieron todos refacción... A la mañana siguiente partieron y en el momento en que se ponían en camino, Jesús se volvió hacia la palmera y dijo: —Yo te concedo, palmera, el privilegio de que una de tus ramas sea llevada por mis ángeles y plantada en el paraíso de mi padre. Te quiero conferir este favor para que se diga a aquellos que hayan vencido en cualquier lucha: has obtenido la palma de la victoria”.

El otro romance, que comienza “Camino de Egipto van / huyendo del rey Herodes” y que se titula “El milagro del trigo” narra algunas de las vicisitudes de Jesús, José y María para huir del malvado rey. En el camino se encuentran sucesivamente a dos labradores a los que preguntan qué están sembrando. El primero, descarado, dice que piedras y, en efecto, en piedras se le convierten por obra y gracia de Jesús. El segundo, amable, recibe el premio de que pueda recoger el trigo al día siguiente de sembrarlo. Cuando lo está segando aparecen los soldados de Herodes preguntando cuándo pasó por allí la sagrada familia y el labrador, sin mentir, contesta que cuando él estaba sembrando. Los soldados, pensando que han tenido que transcurrir nueve meses desde entonces, dan vuelta a sus caballos y regresan a Jerusalén.

En cuanto a las canciones de esta época, se podría decir que casi todas reciben el apelativo, no siempre adecuado, de villancico. Aunque villancico es término que, a nivel popular, es sinónimo actualmente de canción navideña, no siempre fue así, describiendo en su origen a un tipo de composición con temática amorosa o devota cuyos autores —generalmente poetas y músicos cortesanos— pretendían darle algún matiz rústico. La temática actual está centrada en el ciclo navideño y particularmente en sus tres momentos más importantes, es decir, el período anterior al nacimiento (la Virgen y san José buscan posada y se les niega), el nacimiento en

sí y, por último, la adoración de los pastores y los magos, amén de las maldades de Herodes que provocan la huída de los santos personajes. Como he dicho, la mayor parte de los temas que aparecen en estas canciones sólo tienen su apoyo en leyendas antiguas de la tradición cristiana, como por ejemplo la creencia de que los ángeles prepararon el pesebre en el que iba a nacer Jesús, la certeza de los colores de los animales que estaban junto a él en el portal, el susto que se lleva la mula en el viaje al emprender el vuelo una perdiz, los pañales que lava la Virgen en el río. etc. Precisamente este último tema podría considerarse de los predilectos: *los pobres pañales en que el niño Jesús estaba envuelto*. Pero, ¿eran en realidad tan pobres como se dice una y otra vez? La tradición les concede poderes milagrosos. Ya hemos visto que una de las parteras que llegan al lugar del nacimiento avisadas por san José, al querer reconocer a la Virgen pierde la movilidad en la mano. Sólo después de acercarse a los pañales y tocar sus flecos recupera la normalidad. Una leyenda piadosa refiere que María regaló estos pañales a los magos cuando decidieron regresar a su país. Al llegar, les salieron al encuentro los reyes y principales preguntando por el viaje y qué habían traído con ellos; tras celebrar una fiesta, como adoradores del fuego que eran, encienden una hoguera y se postran ante ella. Cuando arrojan el pañal a las llamas comprueban admirados que la prenda no sufre ningún daño. A partir de ese instante depositan tan preciosos pañales entre sus mejores tesoros y, pasados los siglos, son trasladados a Constantinopla donde se edifica una magnífica iglesia para guardarlos con más decoro. El emperador Balduino II los regala a san Luis, rey de Francia, quien los coloca en la Santa Capilla de París donde se siguieron venerando junto al documento de la donación, escrito en 1247. La tradición acaba diciendo que la preciada reliquia desapareció durante la confusión generada por la revolución francesa, desconociéndose a partir de ese momento su paradero.

Volviendo a las canciones, había un tipo concreto que acompañaba un rito petitorio conocido como aguinaldo. En él, los mozos, acompañados a veces por los niños o independientemente, recorrían las calles de cada localidad yendo de casa en casa para pedir comida —más raramente dinero— con la que preparar una merienda en común. En ocasiones, si durante el año se había producido en alguna casa un fallecimiento, el jefe de la cuadrilla antes de entrar preguntaba: ¿Cantamos o rezamos? El dueño de la casa, según el grado del luto, salía y daba la contestación. Si el vecino estaba de humor, dejaba entrar a los jóvenes y les invitaba, o bien les sacaba a la puerta algo de matanza, o cascajo o huevos duros. Si por el contrario estaba de mal talante y les cerraba la puerta le cantaban una copla alusiva a su tacañería que solía ser, por lo general, poco agradable de oír.

Durante todo este tiempo, una de las actividades favoritas de niños y mayores consistía en poner el belén, costumbre de la que también se podría hablar un poco. Belén o nacimiento se llama al conjunto de figuras —generalmente de barro— que desde mediados de diciembre hasta aproximadamente el dos de febrero, adorna las casas de muchas familias cristianas. El centro de todo, naturalmente, es un portalito donde las figuras de María, José, el niño en una cuna de pajas y los animales —la mula y el buey— se hallan frente a los pastores que han llegado con sus ofrendas; a veces un ángel colgado o colocado sobre el portal recuerda la buena nueva a toda la humanidad. Esta costumbre hogareña y entrañable, pues en su puesta a punto participa toda la familia, se ha mantenido desde hace siglos en España, habiendo una afición especial en Castilla y León, donde asociaciones de belenistas fomentan el gusto por una estética y una plástica especiales, con grandes posibilidades de creatividad. En el fondo, muchos de los elementos empleados en la decoración —musgo, puentes, árboles, casas— reproducen el propio entorno en que se realiza la pequeña obra de

arte. Las figuras, a lo largo del tiempo en que se tiene puesto el nacimiento, nunca están inmóviles y cada día son cambiadas de lugar, acercándose poco a poco los reyes y yendo y viniendo los pastores y los soldados de Herodes como si de un teatro viviente se tratase.

Casi todos los nacimientos representan, como he dicho, al niño sobre una cuna de madera. Acerca del lugar en el que esa cuna se emplaza, sin embargo, hay muchas versiones. El *Protoevangelio* de Santiago, por ejemplo, al que siguen después muchos Padres de la Iglesia como san Justino, Orígenes y san Jerónimo, habla de una gruta en un lugar absolutamente desierto. El evangelio árabe y el armenio describen una caverna muy amplia donde se reunían los pastores y boyeros para encerrar de noche sus ganados. Algunos autores, como Santiago de Vorágine el autor de *La leyenda dorada*, opinan que en aquella tenada o albergue había un pesebre y allí es donde vino a nacer el Salvador. El emperador Adriano, que hizo célebre su odio a los cristianos, mandó edificar años más tarde en aquel lugar un templo dedicado a Adonis; pese a ello, continuó la veneración al santo lugar, no sirviendo de nada el intento de profanar tan venerable recinto. En cuanto al pesebre, según nos cuenta Jean Croisset el autor del *Año Cristiano*, fue llevado a Roma, donde se conserva con mucho respeto en la famosa iglesia de santa María la Mayor, que por eso se llama santa María ad praesepe. Allí mandó construir el papa Teodoro en el siglo VII un oratorio que reprodujera aproximadamente el portal de Belén donde quiso nacer Jesús y donde se instalaron los fragmentos del pesebre en el que, según san Lucas, fue reclinado. Esos cinco fragmentos, de madera de sicomoro, parecían haber formado primitivamente una especie de mueble de tijera sobre el que iría una cuna de barro, a la que ya san Jerónimo había aludido en un sermón predicado en Belén a comienzos del siglo V.

El nacimiento, en realidad, surge del deseo espontáneo de representar la tierna escena, deseo que se va desarrollando desde el siglo IV de nuestra era. Todos los historiadores coinciden en señalar, sin embargo, que hay un hecho determinante en la historia de esta costumbre que se produce en 1233 y que hace evolucionar el simple impulso de representar iconográficamente las escenas de la Epifanía. Me refiero a la celebración de la nochebuena por san Francisco de Asís en el bosque de Greccio, donde el santo había hecho preparar un pesebre y unos animales para dar más veracidad a la conmemoración y diferenciarla de la hasta entonces celebrada en la iglesia. Durante esa circunstancia uno de los presentes tuvo una visión en la cual aparecía el propio Francisco despertando al niño Jesús en su cuna. A partir de ese momento se comenzó a difundir en Italia la leyenda y la costumbre aunque nacimientos propiamente dichos no aparecen separados de los retablos hasta un inventario del XVI, concretamente del castillo de Piccolomini, en el que se destaca que la duquesa de Amalfi tenía guardadas 116 figuras para la representación de la Navidad, lo cual quiere decir que ya existía una tradición aunque, por lo general, sólo pudiesen disfrutar de ella los nobles o los monarcas. En el siglo XVII se da el mayor auge en este tipo de figuración, destacando especialmente los nacimientos de Nápoles, uno de cuyos ejemplos podemos contemplar en nuestro Museo Nacional de Escultura. Innumerables músicos con sus instrumentos perfectamente imitados rivalizan con las figuras tradicionales en gracia e intención. Allí aparecen gentes de la época vestidas a la usanza y moda del momento, junto a los pastores, la sagrada familia o los animales del pesebre.

Precisamente acerca de los animales se cuentan muchas leyendas. En jumento llegan José y María a Belén y en jumento salen con el niño camino de Egipto. Cuando el mesonero niega alojamiento a los esposos cansados, obligándoles a buscar albergue por

toda la ciudad de Belén, las mismas bestias de su establo le muelen las costillas a coces condenándole así por su mala acción. Otra tradición que ya reflejan algunas muestras iconográficas desde los primeros siglos es la de que son un buey y un asno los animales encargados de presenciar el nacimiento. Algunos apócrifos insisten en que ambas bestias habían hecho el viaje con los sagrados esposos: la pollina, blanca por más señas, para que la Virgen realizase el trayecto más descansadamente; el bucy, porque san José quería venderlo en el mercado para así obtener dinero y poder pagar el censo y los demás gastos de desplazamiento. Al nacer el niño, ambos animales, dándose cuenta milagrosamente de la calidad del recién nacido se arrodillan y le adoran. Alguna otra leyenda cambia al buey por una vaca y al asno por una mula e incluso añade que ésta se comía el heno del pesebre mientras que la vaca trataba de envolver al niño entre las pajas para que no tiritara. Por comportarse de forma tan distinta, Jesús condena a la mula a que sea estéril para siempre y bendice a la vaca, advirtiéndole que todo producto que salga de ella será bueno y aprovechable.

En los últimos cuarenta o cincuenta años esta costumbre del nacimiento sufrió un fuerte embate por parte de otra tradición menos cercana a nuestra cultura. Me refiero al árbol de navidad, representado generalmente por un abeto o un pino que se adornan con regalos de todo tipo; esta tradición, muy frecuente en Francia y Alemania, recuerda vagamente el culto al árbol, tan fuerte en centroeuropa desde hace siglos en las pascuas de pentecostés y navidad. Las antiguas leyes germánicas establecían como delito para aquél que se atreviese a pelar un árbol el que se le cortara el ombligo, se le clavara a la parte descortezada y se le obligara después a dar vueltas al tronco de modo que quedaran allí enrollados los intestinos. La costumbre de colocar un árbol en el hogar parece atribuirse, sin embargo, a Lutero, quien quiso reproducir en su casa la noche de navidad el cielo estrellado que había visto

momentos antes en el exterior, para lo cual cortó un pino y lo llenó de luces que remedaran el fulgor inimitable de las estrellas.

Respecto a la tradición llamada del obispillo, que también se ha mantenido hasta tiempos recientes cabría decir lo siguiente: el día de Inocentes, sobre todo en catedrales, colegiatas y algunas iglesias grandes, tenía lugar una función en la cual los monaguillos más jóvenes servían en el altar como si fueran canónigos y dignidades, mientras que éstos cumplían los oficios más bajos. Los niños ocupaban las sillas altas del coro en tanto que los mayores se sentaban en las bajas. Todos obedecían al elegido obispillo que, revestido de mitra y falda y armado con un báculo, cumplía ese día las funciones de ministro de la iglesia. Esta costumbre, que algunos han interpretado como ritual de inversión casi profano, tenía en su origen un sentido totalmente cristiano y fue fomentado por la propia jerarquía eclesiástica. Se pretendía con ella que los mayores se hiciesen como niños para imitar la inocencia de los degollados. Lo que sucede, como en tantas otras cosas, es que el abuso en la celebración de la fiesta fue haciendo degenerar su sentido y su ritual, llegándose en algunos casos a imitar ceremonias, como la de la confirmación, en la que labradores y artesanos pasaban ante el obispillo quien, con la palma de la mano untada de harina, les iba dando una bofetada en el rostro después de pronunciar la fórmula popular “yo soy el obispo de Roma, para que te acuerdes de mí, toma”... Estas y otras bromas, a las que estudiosos de nuestra época dan un carácter de rito para obtener la fertilidad de las tierras, fueron el origen de las famosas inocentadas que tan célebres se han hecho y que han convertido ese día en una fecha especial del calendario.

El día último del año, día dedicado a san Silvestre, tenía lugar en muchas casas particulares una costumbre que se conocía con el nombre de “los años”, los estrechos o los casamientos. Consistía

en hacer papeletas con el nombre de todos los que estaban presentes en la casa en ese momento, introducirlas en un recipiente e ir las sacando después de dos en dos para hacer parejas; por lo general, sin embargo, se incluían algunas papeletas más con nombres de animales o cosas (el gato, la campana de la iglesia, la fuente del pueblo, etc) que no eran precisamente buenos compañeros para pasar la noche. Porque lo que se perseguía era pasar la velada acompañado por alguien y, si era posible, alguien agradable, naturalmente.. Los niños y jóvenes, ya lo hemos visto, salían en grupos a cantar villancicos para pedir el aguinaldo, la gente se reunía en torno a la lumbre... el caso era no estar solo. ¿Y por qué? Pues porque, según la leyenda, la noche de san Silvestre había reunión de brujas; ese era, precisamente, el momento elegido para tener su espantosa convención anual y por ello la gente hacía uso de todos los medios a su alcance para alejarlas, desde hacer ruido con cacerolas hasta poner las tijeras abiertas en la chimenea en forma de cruz para que no se colaran dentro de la casa. El ruido, el bullicio organizado la noche de san Silvestre tiene, pues, un origen legendario aunque ahora se quiera confundir con manifestaciones de alegría por el nuevo año que llega. Año que, por cierto, será meteorológicamente tal y como sea el último día: “si por san Silvestre llueve, todo el año llueve”, dice el refrán.

El día primero del año llegaba en muchos lugares con un acto de ofrenda de regalos, costumbre que parece muy antigua –incluso más antigua que la propia celebración del comienzo del año en el día 1 de enero–. Algunos atribuyen esta tradición a los celtas, entre quienes la palabra “eguinand” (de donde algunos autores quieren hacer derivar aguinaldo) significaba un obsequio con el que se deseaba buen año a los amigos y vecinos. Otros creen que fue Rómulo, el fundador de Roma, quien instituyó la costumbre al regalar a Tácito unas ramas cortadas de un árbol del bosque de la diosa Strenia; como esta divinidad era la que tradicional-

mente concedía el vigor y la energía, el regalo fue considerado por Tácito como un buen augurio para el año que se iniciaba y de este modo quedó establecido el hábito de los strenua o regalos de comienzo de año. Los druidas galos también iban a buscar por estas fechas el muérdago que luego distribuían entre los que creían en sus mágicas y protectoras cualidades, quienes, naturalmente, lo aceptaban como el mejor regalo para entrar en el nuevo año con buen pie.

Ya desde la edad media se solía elegir en Castilla, entre la gente de la Corte, a un rey de la haba o de la faba, a quien el verdadero monarca otorgaba determinados favores a partir de los primeros días del año. La elección se hacía por suerte y correspondía a aquél que encontrara un haba que había sido introducida previamente dentro de la masa de un roscón o pastel. La costumbre actual del roscón de reyes tiene, como se ve, tradición en nuestras tierras; y aún se podría decir que es más antigua, pues en las fiestas saturnales romanas, dedicadas al dios Saturno, ya se hacían tortas especiales que bien pudieran relacionarse con el típico roscón. Los árabes que vivían en España durante la edad media también solían celebrar el comienzo del año o Yanair con un dulce semejante. En la actualidad esta rosca se suele hacer de bizcocho y la sorpresa suele ser algún pequeño objeto de cristal, porcelana, madera o plástico que se ha introducido en la pasta antes de pasarla por el horno; naturalmente, esta costumbre del rey de la haba, por afinidad, pasó a incluirse dentro de las tradiciones de los regalos del día de reyes, pero todavía subsiste en algunos lugares el nombre de haba aplicado a la sorpresa que se recibe, sea ésta del tipo que sea.

Los magos, que ya desde los primeros siglos reciben los nombres de Melcón, Baltasar y Gaspar, sólo a partir de Cesáreo de Arlés comenzaron a ser considerados como reyes. Aunque los primeros



Padres de la Iglesia, siguiendo a san Mateo, hablan de los tres presentes que llevan esos magos a Belén –oro, incienso y mirra, por lo cual se pensaba que eran tres los personajes– hay otras tradiciones que hablan de cuatro, seis y hasta doce magos ofreciendo sus relatos al recién nacido. Incluso algunas hablan de tres monedas de oro y, en concreto, una leyenda medieval, de treinta monedas, extraviadas después por María y José y encontradas posteriormente por un pastor, quien las entregó en el templo, de donde volverían a salir para pagar a Judas su traición. Tal vez la explicación más conocida del significado de los tres dones es la que indica que el oro se le presentó como rey, el incienso como Dios y la mirra como mortal, pero la más curiosa es la que ofrece san Bernardo cuando dice que los magos ofrendaron al niño oro para socorrer la pobreza de la Virgen, incienso para contrarrestar el mal olor que había en el establo y mirra para ungir con ella a Jesús, fortalecer sus miembros e impedir que se acercaran a él parásitos e insectos.

Estos reyes llegan a Belén, según la tradición, a los trece días de nacido el niño para aportarle sus ofrendas, hecho del que parte la costumbre del reparto de juguetes anual entre los más pequeños. Esta costumbre, si bien está muy extendida, no es universal ni en sus protagonistas ni en su génesis. En centro Europa es san Nicolás quien se encarga de esta labor, razón por la cual se llama Santa Claus, Nicklaus, al repartidor de obsequios anglosajón. En algún otro país se cuenta la historia de que, al ir solos los reyes a Belén —sin pajes ni acompañamiento— invitan a una mujer que les ha dado albergue durante una noche y que se llama Befana, a que vaya con ellos a adorar al recién nacido. Befana rehusa alegando que tiene mucho trabajo en su posada; al día siguiente se arrepiente y quiere alcanzarles pero no lo logra, privándose así de ver al niño; por esa razón vuelve cada año, cargada de juguetes, y deja sus regalos a todos los pequeños que ve, siempre que se hayan comportado bien durante los 365 días precedentes. A los traviosos —y en esto coincide con la tradición existente en España sobre los reyes— les deja carbón en los calcetines o en los zapatos.

Tampoco la tradición de que los reyes procedieran de oriente es unánime; algunas leyendas hablan de sus orígenes diversos y de su encuentro en el portal; ese relato es relativamente moderno y tiene su origen en la historia que urdió Juan de Hildesheim en el siglo XIV, especie de biografía de los magos, escrita para que fuese repartida entre los devotos peregrinos que llegaban a orar ante sus reliquias en Colonia. Según este escrito, los reyes llegan desde distintos lugares y coinciden en Belén, aunque no pueden juntarse inmediatamente a causa de la niebla.

Hasta tiempos recientes se atribuía a Beda el Venerable una descripción detallada de los reyes y sus atuendos; la tradición cifra sus edades en 20, 40 y 60 años cuando llegaron a adorar al niño y, según otra creencia cristiana, recibieron el martirio a las edades

de 86, 110 y 120. Sus cuerpos fueron conservados en los lugares en que murieron hasta que santa Elena, madre del emperador Constantino, cambió sus restos por las reliquias del apóstol Tomás, llevándolos a Constantinopla. De allí fueron trasladados, finalmente, a la catedral de Colonia.

Estos relatos sirvieron probablemente para difundir la vida y hechos de los reyes en forma dramatizada. La costumbre de representar los autos de reyes procede, sin duda, de algún relato similar pulido y perfeccionado por el tiempo y el uso. El día 5 de enero por la tarde o el día 6 por la mañana, todo el pueblo se reunía para escuchar y contemplar “Los reyes”, auto representado por los propios vecinos. Allí aparecía Herodes, encarnado por el más fiero y malhablado del lugar, junto a los reyes ataviados con capas (generalmente colchas de vivos colores), coronas de papel de plata y sus correspondientes cofres con las ofrendas. Junto a ellos, los sabios de Jerusalén con gafas (para demostrar que habían estudiado mucho) y traje negro, signo de seriedad. Los pajes de Herodes vestidos a lo militar –más de uno llevaba algún recuerdo de la mili– y para terminar, cómo no, los inocentes, cuyo papel representaban a veces –naturalmente con permiso de los padres– los propios niños de uno o dos años a los que se colocaba cuidadosamente en unos cojines apropiados. En el momento oportuno, los esbirros se dirigían hacia ellos y simulaban decapitarlos, con la consiguiente pataleta de los infantes y el abucheo general del público asistente. Como en el caso de las pastoradas, el texto era guardado y recordado por un director que se encargaba cada año de repartir los papeles y realizar los ensayos.

Otra costumbre popular que tuvo mucho arraigo en algunas ciudades y que requería una escenografía particular era la de “esperar a los reyes”. Por decirlo de alguna manera, lo importante era reunirse una serie de personas y pasarlo bien la noche de

reyes. La tradición consistía en buscar una escalera de mano de madera, en la cual se iban subiendo alternativamente todos los integrantes de la comparsa, la cual escalera era sujeta por uno del grupo al que llamaban Maroto. Es bien sabido que de esta forma se llamaba a los locos o tontos y en particular a las dobles caretas ensartadas en un palo con las que a veces se salía en Carnaval. Cuando uno del grupo se subía en lo alto de los peldaños, esgrimía un catalejo hecho de cartón y gritaba: “Los reyes vienen por...tal calle”. Y allí iban todos bebiendo y cantando. Cuando llegaban, era otro el que se encaramaba y decía la misma frase. Como podrá suponerse, sólo los hígados de hierro y las cabezas de hielo podían aguantar al final este errático callejear por toda la ciudad.

Aunque sea brevemente, hablemos de gastronomía, pues hay pocas fiestas que carezcan del aparejo de un plato o de un dulce tradicional. En el caso de la navidad, tal vez sea el turrón el alimento más difundido y popular. Aunque sus orígenes son muy difíciles de rastrear, hay algunas leyendas curiosas acerca de su nacimiento: lo más probable es que proceda de los tiempos de la dominación musulmana en el levante español. La utilización de miel, almendras o avellanas, así parece atestiguarlo; en cualquier caso, ya desde el siglo XV existe en el área de habla catalana la palabra “*torrón*” o *terrón* refiriéndose a un dulce, parecido a un conglomerado de tierra, que se hacía por estas fechas. En el siglo XVII y preparado en cajas, se enviaba de unas cortes a otras como signo de amistad y deferencia, siendo un regalo apreciadísimo. En Barcelona se cuenta que, en tiempos de Felipe IV y durante el asedio de las tropas reales a la ciudad, las autoridades catalanas ofrecieron un premio a aquel proveedor de alimentos que consiguiera producir uno que no se corrompiera, permaneciendo inalterable y comestible durante mucho tiempo; un confitero llamado *Turróns* presentó, entre dos obleas, una masa compacta de

almendras y miel y se llevó el primer premio. Otra versión dice que fue en 1703 y con motivo de una epidemia cuando se convocó un certamen para crear un dulce que se mantuviera más de un mes sin perder sus cualidades; ganaron Pablo Turróns y Pedro Xercarius y se dice que de ahí le viene el nombre al famoso postre. Como hemos visto, sin embargo, su historia es muy anterior y ya Cobarruvias, a comienzos del siglo XVII, habla de él como “cicrta golosina que se hace de avellanas, almendras, nucces y piñones y se tuesta con miel”.

Acerca del origen de la palabra mazapán, otro dulce que también alegra nuestras fiestas navideñas, se han creado muchas teorías; casi todas, sin embargo, vienen a decir lo mismo. Ya Abencuzmán, escritor cordobés del siglo XII habla en un verso suyo del delicado “mahsaban”; los estudiosos hacen derivar esa palabra de hasab, que significa cubrir de madera. Esto no quiere decir que en la elaboración del dulce entrara la madera sino que la pasta de que estaba hecho, una vez terminada, se cubría con un envase de madera. Durante la edad media, en todo el Mediterráneo, se utilizó la palabra mazapán con el significado de estuche y está documentado que en Chipre, en 1340, se llamaba así a un dulce que se exportaba en cajitas de madera con notable éxito. Es probable, por lo que se ve, que el continente diera nombre al contenido, descartándose en este caso que la palabra tenga algo que ver con el pan aunque parezca lo contrario, ya que para hacer esta golosina sólo se necesitan almendras dulces, azúcar, dos claras de huevo y, como mucho, canela o ralladura de limón.

Respecto a los platos más usuales de comidas y cenas, aunque el pavo ha venido a convertirse en las últimas décadas en un elemento muy común, no fue así tradicionalmente. El cardo y la lombarda constituían el entrante y el besugo, bacalao o cordero lechal venían a continuación, para finalizar con unas granadas y una

sopa de leche con almendras, tan nutritiva como rica en calorías para los fríos de estas tierras. Como dice el refrán que “donde fueres, haz lo que vieres”, si nos toca pasar la navidad en Francia, por ejemplo, entonces sí que podremos degustar la pava rellena de ciruelas, salchichas y manzanas. Si lo hacemos en Suecia podremos tomar cochinitillo, pescado salado y cerveza. Si vamos a Polonia podremos meternos entre pecho y espalda trece platos de pescado más los postres y si lo hacemos en Ucrania doce, aunque ninguno de ellos con grasa animal o con carne. Si el capricho o la necesidad nos llevara a pasar estas fechas entre los noruegos, los lapones o los samoyedos, tendríamos que preparar nuestra dentadura para triturar la carne de un reno recién sacrificado. Sobre gustos, como se ve, no hay nada escrito.

Este uso de los refranes no es gratuito. Nuestro idioma, como muchos otros, tiene expresiones para todas las ocasiones. Las paremias, compendio de la sabiduría popular y de la experiencia, reflejan fielmente el significado esencial de las cosas. En este sentido, esas frases tan acertadas y jugosas, no podían estar ausentes de un ciclo del año tan importante y tan cercano al uso de la tradición. Por ejemplo, el hecho de que estas fiestas sean preferentemente hogareñas queda patente en el refrán: “Por navidad, dichoso el que en su casa está”. Y otro, tal vez surgido en épocas de matriarcado, dice: “Las fiestas, donde quisieres; las navidades con las mujeres”, es decir, al lado de la propia esposa, de la madre o de la abuela. Que esta época, como ya hemos visto, es pródiga en dulces y comidas, lo refleja el dicho: “Horno por navidad, no para de trabajar”. La costumbre de lucir las galas los días de fiesta se cumplía a rajatabla en dos ocasiones a lo largo del año, el domingo de ramos y el día de reyes. Estas dos fechas eran de guardar y también de estrenar alguna prenda de vestir o joya. De ahí que diga el refrán “Al que en zapatillas va en navidad, no le preguntes cómo le va”. Esta época del año, pues, era propicia tanto para pre-

sumir como para invitar a comer o cenar en la propia casa, por eso había un refrán que apostillaba: “Nochebuena, si hay cena; si no hay nada, te la pasas llamándola noche mala”. O ese otro que decía “Si en nochebuena no hay que cenar, nochemala se puede llamar. Sin embargo, como nunca falta un refrán que sirva de contraste a otro, parece que también los había de aquellos en que se apreciaba más el calor del hogar que algo tan prosaico como la comida, y de ahí el proverbio: “En nochebuena y en navidad, la brasa caliente más”.

Y termino. Independientemente de todos estos hechos, o precisamente por ellos, la Navidad es una época especial en la que tiene sentido la brasa del amor. Porque en navidad hay encerradas muchas emociones y muchos recuerdos de infancias pasadas. La navidad, ya lo sabemos, nos invita a todos a ser mejores. Y, aunque sólo sea una vez al año, nos hacemos la ilusión de que podemos serlo. Precisamente el secreto está en que nunca logramos alcanzar del todo esa ilusión y nos queda la esperanza de conseguirlo algún día. Y seguimos esperando ese día y repitiendo los buenos deseos. Pero, por encima de todo, la navidad nos hace solidarios. Nos recuerda, que la alegría que experimenta la humanidad en estos días es porque un pequeño relato, una hermosa narración cuyos ecos estaban escritos desde el principio de los tiempos, cambió el egoísmo en generosidad, la mezquindad en filantropía, la soledad en compañía, la ramplona realidad en un sueño diferente, que –repito– al menos una vez al año nos apretuja a unos contra otros para no sentir el frío del desamparo o la nostalgia de los buenos deseos. De esos buenos deseos ha estado lleno este pregón y mis últimas palabras. Gracias a todos y feliz navidad.

JOAQUÍN DÍAZ



MAQUILLACION: LE IS VINCENTI.- URUENA 2006

JOAQUÍN DÍAZ

UNIVERSIDAD DE
VALLADOLID

LA NAVIDAD EN LA TRADICIÓN



Serie Breve
UNIVERSIDAD
Y CULTURA



UNIVERSIDAD Y CULTURA

1. ORTEGA ZAPATA, José.- Solaces de un vallisoletano setentón. El Valladolid de 1830 a 1847. Costumbres y tipos. Edición crítica de Lorenzo Rubio González. 1984. 286 págs. (Ref. 8012) (ISBN 84-86192-21-8)
Agotado
2. RIVERA MANESCAU, Saturnino.- Tradiciones universitarias. (Ed. facsímil). Con dibujos de Filemón Arribas Arranz. Prólogo de J.M. Ruiz Asencio. 1991. 240 págs. (Ref. 0038) (ISBN 84-7762-213-2) 1.700 ptas.
3. ALLUÉ HORNA, A. y otros.- El Valladolid de ayer. 1993. 107 págs. (Ref. 0048) (ISBN 84-7762-316-3)
800 ptas.

Serie Breve UNIVERSIDAD Y CULTURA, n° 1

DÍAZ, Joaquín

La Navidad en la tradición / Joaquín Díaz. - Valladolid : Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, [1997]

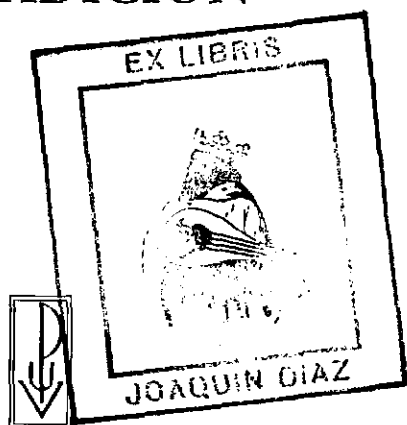
64 p. [29] grabados; 17 cm. - (Serie Breve. Universidad y Cultura; 1)
ISBN 84-7762-680-4

1.NAVIDAD 2.USOS Y COSTUMBRES I.Universidad de Valladolid, ed. II. Serie

398.332.41

JOAQUÍN DÍAZ

LA NAVIDAD
EN
LA TRADICIÓN



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
E INTERCAMBIO CIENTÍFICO
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

© Joaquín Díaz, Valladolid, 1997
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
E INTERCAMBIO CIENTIFICO
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Diseño de cubierta: J.M. Alonso

ISBN: 84-7762-680-4

Dep. Legal: S. 1065-1997

Composición: J.A.V. Secretariado de Publicaciones.

Imprime: Gráficas VARONA

Polígono "El Montalvo", parcela 49
37008 Salamanca

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Prólogo

Magco. y Excmo. Sr. Rector, Excmas. e Ilmas. Autoridades, cofrades de la Hermandad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz y de otras cofradías penitenciales de Valladolid, señoras y señores.

Como todos sabéis, hace ya tres años que nuestra Hermandad, que había silenciado su quehacer, se remon-
tó de nuevo con la ilusión de llevar a todos una idea de lo que debe ser Universidad dentro del conocimiento del ser humano y de la figura de Nuestro Señor Jesucristo, que quiso y fue uno de nosotros por voluntad propia. Nuestra Hermandad quiere y desea que la Universidad sea un núcleo de atracción para que estos deseos se conozcan, cundan, dentro de una sociedad que para nada valora estos talentos que adornan al ser humano, y que de esta forma trasciendan en la cuantía que deberían hacerlo.

No se nota más que lo que hace más ruido, lo pobre de espíritu y carente de estos valores a los que nos referimos; por esta razón en este tiempo, en el adviento preparatorio de la Navidad que cerca casi nos toca, instituímos el llamado AUTO DE NAVIDAD en el que nuestra Hermandad del Cristo de la Luz tiene el objetivo de exaltar estos valores culturales, y hacer meditar sobre la trascendencia de nuestro ser fuera de la materia que nos constituye, perecedera una vez cumplido su ciclo.

En este evento de 1995 hemos rogado a Joaquín Díaz que nos hablara. Nadie mejor que él conoce al hombre, en el entorno de la post guerra civil, dentro de nuestra Universidad de Valladolid, en el edificio de fachada plateresca en el que nos encontramos estudiando Filosofía y Derecho. No conectaba con las apetencias de la mayoría enfrascada en obtener un título, una posición, unos ingresos y una alta consideración social. Únicamente le gustaba el estudio—afición por el simple hecho de conocer, con la diversión vívida de la cultura, la comunicación a los demás de estos conocimientos, sin ansias de superioridades y vanaglorias, solo con esa afición por el ahondar en nosotros mismos y en los demás, por el comentario, la discusión, y el intercambio de vivencias. Amante de la naturaleza en sí misma, su entorno no industrializado, no alterado. A él mismo le





encanta que le consideren una persona normal, de trato afable no engolado ni artificioso y por supuesto no amigo de colgarse medallas y distinciones. “Para romper los esquemas del montaje tópico en aras de lo natural y de lo que es lógico” dice refiriéndose a sus recitales; y por esto —dice de él Avelino Hernández— “un día se alejó y creo que nunca volverá”. Todas estas cualidades tan sencillas, tan difíciles de encontrar, constituyen la base del porqué nos apetecía que hoy charlara sobre la Navidad.

Cuando me acerqué a él sabiendo de sus muchas obligaciones, obtuve la sonrisa de la aceptación, de la complacencia, después de unas débiles pero ciertas justificaciones de lo casi imposible que le resultaba charlar con nosotros esta tarde. Su idiosincrasia y la fidelidad que a lo largo de su vida ha demostrado en sus múltiples actividades, no le dejaron, por muchas que éstas sean, negarse a participar en actos de este tipo. Además, sus muchos amigos le reiteraron nuestro deseo, que precisamente en este 1995, nos era muy grato que estuviera en el Auto de Navidad. Por esta razón gracias, muchas gracias por estar aquí con nosotros compartiendo este espacio de tiempo que será un soplo de frescor entre lo mucho espeso que ha de soportar nuestra sociedad, ante la falta de actividades que despierten a la juventud hacia el verdadero valor

de los valores el hombre, su entorno, su trascendencia y el Cristo que cada uno lleva dentro.

Joaquín DÍAZ es un hombre que en 1947 vió la luz y le nacieron en Zamora pura Castilla—León. En 1951, cuando yo salía a la Universidad él entraba en mi Colegio de Lourdes, comenzando las actividades a las que nos hemos referido sin concretar, y que hoy felizmente continúan en radio, TV, prensa, pueblos y lugares de todo tipo después de una andadura por América y toda Europa. Muchas Universidades han oído su voz y sus recitales, muchas publicaciones y revistas han visto gracias a él su luz; muchos grupos musicales han surgido por su consejo y orientación. En este momento y con una madurez y un temple extraordinario nos habla en Valladolid, en su Universidad, en el paraninfo y para todos nosotros.

Gracias de nuevo y escuchemos a Joaquín DÍAZ que no precisa más presentación.

ANTONIO ALARCOS LLORACH

Alcalde Mayor de la Hermandad Universitaria





La Navidad en la Tradición

La conmemoración de la Navidad crea una atmósfera que envuelve e impregna todo lo que le rodea, sea partícipe directo o no del misterio que se celebra. Ningún otro acontecimiento en la historia de la Humanidad ha suscitado tanto interés, ha concitado tanta literatura o ha despertado tanto sentimiento. Esta atracción especial viene dada, no sólo por la trascendencia que tiene para la historia de Occidente el nacimiento de Cristo, sino por todos aquellos hechos y situaciones legendarias, no comprobadas, que acompañan al dogma adornándole con humano ropaje. Son estas aportaciones múltiples, procedentes de distintas vías, personas, circunstancias y situaciones históricas, las que han dado visualidad al hecho

maravilloso confiriéndole un entorno humanizado y por tanto atractivo a nuestros ojos. Cómo se incorporan estos aditamentos a la tradición cristiana es algo cuya explicación excedería con mucho el tiempo dedicado a esta conferencia; sin embargo basta observar uno de esos nacimientos o belenes que adornan nuestras casas y repasar los evangelios canónicos, para darnos cuenta de un hecho cierto: Se ha creado, se ha completado la tierna escena -la instantánea que inmortalizaron miles de artistas-, con unos datos que no aparecen, en muchos casos, en la historia original de los sinópticos.

Todo empieza, como es natural en el Antiguo Testamento; es allí donde se pueden apreciar las primeras insinuaciones en escritos proféticos. Balaam, hijo de Beor, confiesa ante Balaq:

*Lo veo, pero no para ahora
lo diviso pero no de cerca;
de Jacob avanza una estrella,
un cetro surge de Israel (Números 24, 17)*

En realidad toda la escritura está plagada de referencias crípticas o explícitas acerca de la venida del Mesías. Desde el Génesis (49, 10) hasta el Apocalipsis (2, 28; 22, 16), pasando por Miqueas (5, 1), Isaías (9, 5), Zacarías (9, 9) y Ezequiel (21, 32) la esperanza está en el Salvador y a él se consagra la fe del pueblo elegido. Una vez que tal





acontecimiento sobreviene, sin embargo, empieza a ser rodeado por relatos e interpretaciones peregrinas que, aun no añadiendo nada esencial a la historia, tratan de completarla con anécdotas o explicaciones forzadas.

Veamos lo que dice San Lucas: "Y sucedió que se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor y la gloria del Señor les envolvió en su luz". Y San Mateo continúa: "Nacido Jesús en Belén de Judea en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle"...

Tan bello, tan simbólico y sugerente relato no podía menos que inspirar, por su brevedad, una recreación de las circunstancias con fines líricos o plásticos. De este modo, al trascendente pero poco documentado hecho del nacimiento de Cristo se agregaron sucesivamente leyendas y escritos que pretendían certificar y ampliar detalles (como los Evangelios y Hechos apócrifos) utilizando para ello un estilo directo y popular. En estos escritos, la

candidez e ingenuidad convivían milagrosamente con una cierta profundidad en la exposición, y, no hay duda de que la Iglesia tuvo que realizar entre los siglos III y IV una larga y difícil criba para poner un poco de orden sobre el cúmulo de datos acerca del nacimiento, vida y magisterio de Cristo. Al final hubo unos textos oficiales, llamados Canónicos o Sinópticos, pero no se pudo evitar que el ascendiente que ejercían los demás relatos, llamados Apócrifos o falsos -con toda su hiperbólica y fantástica carga- creara una vía paralela que alimentó la piedad y el fervor populares durante siglos. Y a ello contribuyeron también en buena medida los libros de interpretación, desde la *Leyenda dorada* de Jacobo de Vorágine o el *Vita Sanctorum* de Bollandus hasta el *Novísimo Año cristiano* de Jean Croisset, pasando por la *Historia Nativitatis et laudabilis conversationis intactae Dei genitricis*, de la monja poetisa Rosvita de Gandersheim o la *Vita Christi* de Ludolfo Cartujano, que fueron traducidas a muchos idiomas, entre ellos el castellano, el catalán y el portugués.

Así se va creando la imagen integrada por todos los elementos que actualmente adornan el misterio: Un portal o pesebre; el niño acompañado de sus padres y envuelto en pañales; dos animales que le calientan con su hálito; una estrella y un ángel; los pastores que vienen a





ofrecerle sus dones, y los reyes magos. Revisemos brevemente cada uno de estos hechos a la luz de la tradición y de los escritos no canónicos.

Empecemos por el habitáculo que sirve de albergue a María y José: Tanto el *Evangelio árabe* como el *Armenio de la infancia* hablan de una caverna muy amplia "en que pastores y boyeros se reunían, y encerraban por la noche sus rebaños y ganados. Allí habían hecho un pesebre para el establo, en que daban de comer a sus animales". La *Historia árabe de José el carpintero* insiste en el hecho de la gruta, añadiendo que estaba cercana a la tumba de Raquel, esposa de Jacob y madre de José y Benjamín. El *Protoevangelio de Santiago* habla también de una gruta en un lugar desierto, detalle en el que redundan algunos padres de la Iglesia como San Justino, Orígenes y San Jerónimo. Jacobo de Vorágine prefiere un cobertizo situado entre dos casas, y dice: "Tratábase de un albergue o tenada que había a las afueras del pueblo en un sitio al que acudían los habitantes de Belén a divertirse los días de fiesta, y, si hacía mal tiempo se refugiaban bajo su techumbre para merendar o charlar. Bien fuese que José preparara un pesebre para dar de comer a su asno y a un buey que habían llevado consigo, o bien, como opinan otros, que estuviese allí ya de antes a disposición de los campesinos de la comarca para dar pienso a sus ganados

cuando acudían a Belén con ellos los días de mercado, el caso es que en dicha tenada había un pesebre". Croisset, en la traducción española del Padre Isla afirma: "Por lo que mira a la cueva sagrada donde quiso nacer el Salvador, ha estado siempre en gran veneración. Es verdad que el emperador Adriano hizo, en odio de los cristianos, edificar un templo dedicado a Adonis esperando abolir con esta profanación la memoria de un lugar tan respetable; pero no embarazó el que los mismos paganos mirasen aquel santo lugar con respeto y dijese siempre: Este es el lugar donde el Dios de los cristianos quiso nacer. El pesebre santificado por el contacto del Salvador fue llevado después a Roma, donde se conserva con mucha veneración en la célebre iglesia de Santa María la Mayor que por esto se llama Santa María Ad praesepe". Allí, en el siglo VII el papa Teodoro mandó construir un oratorio, reproducción del portal de Belén.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no es extraño que pintores, ya desde los primeros siglos representen al niño sobre las pajas de un pesebre, en una pobreza ambiental que hace exclamar a San Agustín: "Confundido y sofocado me siento cuando veo acostado sobre la paja del pesebre, como si fuera un mendigo, al que tiene más lustre y brillo que los astros". Sin embargo esta indigencia aparente, en la que voluntariamente nace, contrasta cla-





ramente con el rico carácter taumatúrgico que los evangelistas apócrifos atribuyen a tan míseros atavíos.

Recordemos el *Evangelio del Pseudo Mateo*, cuando narra el castigo que ha recibido Zelomi, la partera, por dudar del milagro y querer tocar a la Virgen; con la mano todavía seca y sin movimiento se aproxima al recién nacido: "Ella se acercó al niño con toda presteza, le adoró y tocó los flecos de los pañales en que estaba envuelto. Y al instante quedó su mano curada". Las mismas o parecidas propiedades parece tener la prenda que María ofrece a los magos y que éstos llevan a su tierra cuando deciden abandonar Belén: "Y salieron a su encuentro los reyes y los principales preguntándoles qué era lo que habían visto o hecho, cómo habían efectuado la ida y vuelta y qué habían traído consigo. Ellos les enseñaron este pañal que les había dado María, por lo cual celebraron una fiesta y, según costumbre encendieron un fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y contraído por el fuego. Mas cuando este se extinguió sacaron el pañal en el mismo estado en que estaba antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. . . Por lo cual tomaron aquella prenda y con grandes honores la depositaron entre sus tesoros".

Croisset, como siempre, complementa la leyenda con su apostilla histórica: "Los preciosos pañales en que

el salvador estaba envuelto eran una reliquia demasiado preciosa para que no se conservaran. Primero fueron llevados a Constantinopla, donde se fabricó una magnífica iglesia para guardarlos con más decencia, hasta que el emperador Balduino II los regaló a San Luis Rey de Francia, quien los colocó en la Santa capilla de París, donde están en gran veneración y se guarda el instrumento auténtico de la donación, escrito en el mes de junio de 1247, y todavía se leen en la caja o navecilla estas palabras: *Pannus infantiae salvatoris, quibus in cunnabulis fuit involutus* (Los pañales de la niñez del Salvador, en que fue envuelto en la cuna)". Autores posteriores a Croisset opinan que la reliquia desapareció en la confusión acarreada por la Revolución francesa, perdiéndose para siempre. Todas estas simples tradiciones sirven, sin embargo, a santos y apologistas para extraer místicas reflexiones, como la que hace exclamar a San Bernardo: "En el nacimiento de Cristo el pesebre nos grita altamente que debemos hacer penitencia; el establo las lágrimas; los pobres pañales nos predicán la misma virtud. Todo es instrucción, todo lección, y todo nos dice que en cualquier condición en que hayamos nacido, sea vil o eminente el puesto que ocupemos en el mundo, es necesario que nuestro corazón esté desprendido de los bienes de esta vida".





Respecto a los animales que acompañan a la sagrada familia, son los apócrifos de nuevo los encargados de crear y recrear la tradición basándose en una antigua profecía. El *Pseudo Mateo* dice: "El buey y el asno le adoraron. Entonces se cumplió lo que había anunciado el profeta Isaías: El buey ha conocido a su dueño y el asno el pesebre de su señor. Y esos mismos animales que tenían al niño entre ellos le adoraban sin cesar haciendo buenas las palabras de Habacuc: En medio de dos animales te manifestarás". La tradición literaria se encargará después de convertir la asnila en una mula y el buey en una vaca, creándose, a partir de ese hecho, la leyenda de que Jesús maldice a la mula porque le quiere comer las pajas del pesebre (otras veces porque le quiere dar una coza) condenándola a ser estéril para siempre; a la vaca, por el contrario, la bendice, diciendo que se ha de aprovechar todo producto que proceda de ella. Este relato está en contradicción con la *Historia escolástica*, en la que se lee que "el buey y el asno respetaron el heno en que el hijo de Dios estuvo reclinado, absteniéndose de comerlo". . . Vorágine, en su *Leyenda dorada* escribe: "He aquí cómo contribuyeron a la divulgación del extraordinario hecho los animales, es decir las criaturas que tienen ser, vida y sensibilidad: En su viaje a Belén con María encinta llevó consigo José un asno, para que la Virgen hiciese el trayecto montada en él; y además un buey para venderlo, así se supone, en el mercado, y obtener re-

cursos para pagar el censo y hacer frente a otras necesidades. Pues bien, el buey y el asno, dándose milagrosamente cuenta de la calidad del recién nacido, se arrodillaron y le rindieron adoración".

Los evangelios sinópticos o canónicos sólo nos hablan (en concreto Mateo) de una estrella vista por los Magos. Tal estrella, al decir de Vorágine, podía tener tres naturalezas. Primera, ser una figura adoptada por el Espíritu Santo; segunda (y siguiendo a san Juan Crisóstomo, que a su vez se basa en el evangelio árabe de la infancia) que fuera el mismo ángel que anunció a los pastores el nacimiento del Salvador; y tercera, que se tratara de una verdadera estrella creada ocasionalmente para guiar a los magos. Eventualmente, otros relatos legendarios convierten a ese astro en la figura de un niño hermosísimo o en tres soles que al poco rato se transforman en uno solo.

San Fulgencio dice que era un astro diferente a los demás por tres razones: Por su ubicación (pues flotaba en el espacio a escasa distancia de la tierra), por su fulgor (pues era perfectamente visible incluso a las horas del mediodía) y por su movimiento (pues se desplazaba sin órbita ninguna sirviendo a los magos como un guía perfecto). En el evangelio árabe de la infancia, incluso, la estrella se torna semejante a una columna de fuego y luz que va de la tierra al cielo.





Todos estos resplandores, sin embargo, son diferentes del que emana de la propia cueva que, según el Evangelio árabe de la infancia: "estaba alumbrada por luces más bellas que las de todos los candelabros y todas las lámparas, y más intensas que la claridad del sol". El Pseudo Mateo magnifica ese resplandor al afirmar que, previamente, la gruta subterránea no tenía luz ninguna, porque la claridad del día no penetraba nunca allí". Mas al entrar María toda la gruta se iluminó y resplandeció como si el sol la hubiese invadido y mientras estuvo en la caverna ésta permaneció iluminada día y noche por aquel resplandor divino".

Respecto al ángel, dice Jean Croisset que era más resplandeciente que el sol, lo que dejó deslumbrados y llenos de temor a los pastores. Estos se hallaban velando mientras guardaban sus rebaños ya que, como dice el mismo abate francés: "Siendo el invierno tardío y templado en Judea, podía muy bien mantenerse el ganado en el campo por la noche en este tiempo".

La aparición del ángel sirve a los pastores de anuncio y les encamina a la cueva. Allí encienden fuego y se entregan a regocijados transportes de alegría. "Simultáneamente -según el *Evangelio árabe de la infancia*- se dejaron ver ejércitos celestiales que alababan y glorificaban a Dios. Los pastores se pusieron a imitarles". Serán ellos

mismos también los que traerán al portal diferentes ofrendas que, según la tradición consistirían en algún cordero de su rebaño, pieles para abrigar al niño o alimentos, como leche, mantequilla y queso. Sólo en el evangelio apócrifo titulado *Liber de infantia salvatoris* aparecen unos pastores sin ofrendas. Hablando acerca de los reyes magos dice José: "Muy bien han hecho estos señores en no besar al niño en balde; lo contrario de aquellos nuestros pastores que vinieron aquí con las manos vacías". Lo normal, sin embargo, es que se considere a los pastores como privilegiados por haberse acercado los primeros a adorar al niño Dios. En alguna leyenda, incluso, se les santifica, como en aquella tradición salmantina según la cual se encuentran en la villa de Ledesma los restos de los gloriosos Josefo, Isacio y Jacobo, pastores de Belén que merecieron ver y adorar los primeros a Cristo, Dios y hombre, recién nacido en el portal. Al parecer, según Luitprando, llegaron allí el año 937 traídos por un devoto ante el peligro que corrían sus reliquias en Jerusalén, amenazada por los sarracenos. En Ledesma se creó una hermandad o cofradía que, como muchas otras entró en una fase de decadencia a fines del pasado siglo; no se volvería a hablar del arca que contenía los restos hasta 1965, año en que se encontraron en la iglesia de San Pedro con motivo de una restauración.





Como se ve, la tradición oral juega un papel muy importante en la transmisión del patrimonio religioso de tipo legendario. Según ese modelo de relatos por ejemplo, los magos (así llamados por San Mateo) se convierten en reyes en el evangelio del *Tránsito de la bienaventurada Virgen María*: "Ignoráis que nuestro padre Adán, a punto de expirar, prescribió a su hijo Set que ordenase a sus descendientes que sacasen su cuerpo de la caverna de los tesoros y que lo llevasen a la tierra santa, porque sabía que la redención de su raza se efectuaría por la misericordia del Cristo. Y dijo: El oro, la mirra y el incienso que hay en la caverna de los tesoros son los presentes que serán llevados a Belén por la mano de los magos, hijos de reyes". Según el *Evangelio de la infancia*, sin embargo sería una carta lo que los reyes presentan al nuevo monarca, carta concedida por Dios a Adán después del nacimiento de su hijo Set, y en la cual había sido escrito, firmado y sellado por el dedo del mismo Dios, el lugar en que habría de nacer el redentor. Esto habría de tener lugar, al decir de ese evangelio, el año seis mil, el día sexto de la semana, a la hora sexta.

Otra tradición, la más común, para explicar la presencia de los magos en el portal es el fenómeno de la estrella del que ya hemos expuesto algún dato. San Juan Crisóstomo nos lo amplía: "Según una tradición antigua,

un grupo de astrólogos, dedicados a descubrir el futuro a través de las estrellas acordaron nombrar una comisión formada por doce de ellos para que los miembros de la misma observasen permanentemente el cielo hasta que descubriesen la aparición de la estrella de la que había hablado Balaam. Si morían estos astrólogos serían reemplazados por alguno de sus hijos y éstos por otros descendientes suyos. Todos los años, cada año en un mes distinto, siguiendo en la ordenación de los meses un ciclo rotativo, subían los doce de la comisión al monte de la Victoria y permanecían en su cima tres días consecutivos haciendo oraciones y pidiendo a Dios que les mostrara la estrella cuya aparición había sido vaticinada por el profeta. En una de aquellas ocasiones, cuando estaban entregados a estas prácticas de oración, vieron un astro que por encima del monte avanzaba hacia ellos y quedaron sumamente sorprendidos al advertir que, al aproximarse al sitio en que se encontraban, la estrella se transformaba en la cara de un niño hermosísimo con una cruz brillante sobre su cabeza; su sorpresa fue aún mayor al oír que la estrella hablaba con ellos y les decía: Id prontamente a la tierra de Judá; allí encontraréis ya nacido al rey a quien buscáis. Los astrólogos, inmediatamente se pusieron en camino hacia el país que la misteriosa estrella les había indicado".





Parten pues, los sabios de su país; pero ¿cuál es éste? Clemente de Alejandría, Diodoro de Tarso, Cirilo de Alejandría y Juan Crisóstomo les hacen proceder de Persia; Tertuliano y Justino, de Arabia; Máximo de Turín les cree originarios de Caldea y Babilonia; los más, con gran vaguedad les sitúan en lejanas tierras o en Oriente. Los nombres con que las primeras tradiciones les designan, así parecen atestiguarlo: Hormizd (de Persia), Peroz (de Seba) y Jazdegerd (de Saba). También se les llama Zarbandes, Arsacio, Gusnafo, Ormisdas, Zarbandades, Orroes, Maruco, Estunabudanes, Assuero, Merodaco, Sardalaco y Artajercio. La tradición armenia les conoce como Melkón, Baltasar y Gaspar, y en el mismo sentido hablan Beda el venerable y un manuscrito de París del siglo VII, donde aparecen con los nombres de Melchior, Gathaspa y Bithisarea. Vorágine, ya en el siglo XIII sentencia: "Poco después del nacimiento del Señor llegaron a Belén tres magos llamados en hebreo Apelio, Amerio y Damasco; en griego Gálgala, Malgalat y Sarathin; y en lengua latina Gaspar, Baltasar y Melchor".

La duración del viaje es algo en lo que tampoco se ponen de acuerdo las leyendas cristianas (recordemos que la noche de reyes se llama en Europa la noche decimosegunda), que van desde los trece días clásicos, hasta nueve meses o incluso dos años, según el *Pseudo Mateo*. Cómo

explica Vorágine tan raudo periplo, trece días, se lee en la *Leyenda Dorada*: " No olvidemos que los magos hicieron su viaje en dromedarios como se infiere de un texto profético de Jeremías, ni que los dromedarios son animales tan veloces que son capaces de recorrer en una jornada lo que un caballo recorre en tres".

Acerca del acompañamiento también hay desavenencias. Algunas tradiciones europeas hablan de que van solos y en el camino invitan a una mujer llamada Befana a que les acompañe; ella se niega, alegando que tiene mucho trabajo en la casa. después se arrepiente y quiere alcanzarles pero llega tarde y no puede ver al Niño. Es esa la razón por la que vuelve cada año y siempre llena de juguetes con los que alegra a muchos niños que se han comportado bien durante ese período; a los traviesos les deja carbón en los calcetines o en los zapatos. Otras leyendas hablan de tres pajes, de nueve hombres y hasta de doce mil (cuatro mil por cada reino) según se lee en el *Evangelio armenio de la infancia*.

El hecho de que fueran tres las ofrendas presentadas según san Mateo, hizo pensar a muchos Padres de la Iglesia que éste había de ser el número de los Magos; sin embargo antes y después, como ya hemos comprobado, hay representaciones que muestran dos, cuatro, ocho y hasta doce personajes. Veamos cómo describe un apócrifo la





escena: "En primer término se adelantó Gaspar, llevando incienso, nardo, cinamomo, canela y otras esencias olorosas y aromáticas que esparcieron un perfume de inmortalidad en la gruta; Después Baltasar, abriendo el cofre de sus opulentos tesoros, sacó de él, para ofrendárselos al niño, oro, plata, piedras preciosas, perlas finas y zafiros de gran precio. A su vez Melkón, presentó mirra, áloe, muselina, púrpura y cintas de lino.

Hay variantes dignas de mención como aquella que muestra a los tres magos ofreciendo una moneda cada uno. Esta tradición fue permutada en el siglo XIV por Juan de Hildesheim, quien, en la biografía que escribió acerca de los reyes para que fuera leída y repartida entre los peregrinos que iban a Colonia a visitar sus tumbas, dice que Melchor ofreció una manzana de oro y treinta monedas; monedas que después fueron extraviadas por María y José y encontradas posteriormente por un pastor quien las entregó en el templo, de donde volvieron a salir para pagar a Judas su traición.

En lo que toca al atuendo, hay tantas tradiciones como narradores. Vamos a recurrir, empero, a un empedernido lector de narraciones apócrifas, Lope de Vega, para que sea él quien haga una síntesis de todas en su obra *Pastores de Belén*: "Yo vi un viejo venerable con una túnica de púrpura bordada de oro y aljófar por los extremos.

Sobre la túnica traía un manto persa de brocado morado y blanco que, sobre las blancas canas, parecían flores de almendro sobre nieve. Al lado de éste vi entonces que, como arrebatado en éxtasis, miraba al niño el rey segundo, la barba negra peinada, la nariz aguileña, los ojos verdes, grandes y hermosos, con un sayo árabe tan cubierto de piedras que no pude discernir el color. El tocado era rojo, guarnecido de algunos velos y sembrado de las mismas piedras. El manto era azul, bordado de unos blancos lirios de aljófár que le daban una hermosa vista. Etíope me pareció el tercero; Los vivos ojos, de manera se mostraban en las niñas blancas, como suelen las labores de marfil oriental sobre las tablas del ébano. Una blanca aljaba con listas de oro traía vestida. También era el manto blanco, pero sembrado todo de labores verdes; tocábase con tantos laberintos y lazos que no podían más discernirse que después de junta alguna bola de nieve se ven los copos. Las plumas parecían del pájaro celeste y otras de algunas aves que tornasolando sus colores parecían de oro. Los medio desnudos brazos y garganta ceñían algunos corazones entre unas gruesas perlas de no vista grandeza. Estos eran sus trajes y estos los reyes".

María Rosa Lida, en su completo trabajo sobre Herodes, nos da las claves del comportamiento anómalo del rey: El temor a ser destronado por ser él mismo un in-





truso: "Un motivo básico de la impopularidad de Herodes en su reino era su condición de extranjero; no sólo no pertenecía a ninguna de las dos familias reales, la davídica ni la macabea, -ni siquiera al linaje sacerdotal de Aarón-, sino que nadie ignoraba que era originario de la Idumea (que sólo tres generaciones antes había adoptado el judaísmo por la conquista de Juan Hircano). Tal circunstancia creó un odio que, pese a toda su habilidad, Herodes jamás supo vencer, pero que, probablemente, no era pequeña cualidad a los ojos del Imperio para un rey cliente y no dejó de contribuir al favor con que le distinguió Augusto, seguro así de que no se identificaría nunca con su pueblo". Esta es una de las explicaciones que aduce Vorágine como motivo principal de la turbación repentina que invade a Herodes. Otras tradiciones hacen proceder tal agitación de un miedo a ser derrotado o invadido: "Y el rey Herodes al ver la numerosa caballería que acampaba amenazadora alrededor de la ciudad concibió vivo temor". Otro apócrifo nos muestra a un rey más preocupado por la extensión de su reinado y el alcance de su poder que por motivos psicológicos: "Muy particularmente se alarmó Herodes porque los persas no reconocían su autoridad. Y se dijo: El que al nacer ha sometido a los persas a la ley del tributo, con mayor razón nos someterá a nosotros. Y dirigiéndose a los reyes expuso: Grande es, sin duda, el poder del rey que os ha

obligado a llegar hasta aquí a rendirle homenaje. En verdad es un rey, el rey de los reyes". Finalmente, otras leyendas basan el desasosiego real en circunstancias más ambiguas, como el aspecto externo de los Magos o el simple temor a lo desconocido.

Cuando se representan en Tierra de Campos los Autos de Reyes, una de las escenas más largas y que suscitan mayor interés en el auditorio rural es la que recuerda la cólera de Herodes. En ella, el actor que encarna la figura real, puede demostrar su carácter y dar la verdadera talla de intérprete. Se precisa para ello mostrar una fiereza y una altivez que vayan acordes con la idea que entre la gente ha dejado la historia del Escalonita. En realidad, esa imagen difiere muy poco de la que nos han legado documentos coetáneos y, acaso, se basa accidentalmente en ellos aunque, como siempre, la tradición varíe luego el número de crímenes y la personalidad de las víctimas. María Rosa Lida ofrece en su trabajo ya mencionado una considerable lista de ejecuciones y actos nefandos llevados a cabo por Herodes: La profanación de las tumbas de David y Salomón (tal como la describe Josefo en las *Antigüedades*); el asesinato de su cuñado Aristóbulo, en quien el pueblo de Jerusalén tenía puestas sus esperanzas como gobernante por su juventud y porte; la ejecución de Hircano (abuelo de su propia esposa y legítimo here-





dero del trono); la condena a muerte de Mariamne, su mujer, a quien ciego de celos acusa infundadamente de adulterio; el martirio de los maestros y el atentado contra los nobles; y por fin, la muerte de sus hijos Alejandro y Aristóbulo, habidos en el matrimonio con Mariamne y por tanto herederos del trono con más derecho que Antípatro a quien había tenido con la idumea Doris.

Es posible, pues, que la imaginación popular y alguna lectura errónea se hayan aliado para dar ese último toque de sanguinaria ferocidad al rey Herodes. Algunos exégetas, sin embargo, sostienen la teoría de que el pasaje de la degollación no es histórico (ello es evidente puesto que ese Herodes había muerto cuatro años antes del nacimiento de Cristo), ni tan siquiera original. Otros tres episodios bíblicos podrían tomarse como precedentes: El del Faraón que manda matar a todos los varones hebreos recién nacidos (entre los que se salva Moisés); la matanza que lleva a cabo Joab entre los edomitas, de la que escapa Adad huyendo a Egipto de donde regresará tras la muerte de David; y, por último, el pasaje de Atalía, esposa de Jorán, rey de Judá. Irritada esta reina porque Jehú, rey de Israel, había ordenado degollar a sus hijos, exterminó a toda la estirpe real: "Pero Yehoseba tomó a Joás, hijo de Ozoquías, y lo sacó de entre los hijos del rey a quienes estaban matando, ocultándolo de la vista de Atalía y no

le mataron". El niño permanece seis años escondido y al séptimo regresa ayudado por un sacerdote. El pueblo lo aclama como rey y Atalía es ejecutada (de ahí el interés de Herodes en que tal historia no se repitiera).

Cabría recorrer algún episodio más o algún detalle particularmente importante, como el castillo o palacio habitado por el feroz Herodes, a quien la tradición medieval, escandalizada de tantos crímenes y fundamentalmente del suceso inhumano de la degollación de los niños menores de dos años, atribuirá una terrible muerte comido por los gusanos.

Como habrá podido observarse, casi todos los aspectos que rodean la puesta en escena del Misterio han tenido una curiosa y dilatada trayectoria en la tradición cristiana. Aún podríamos detenernos en otros detalles llamativos, aunque estuviesen más cerca del mundo de las supersticiones: Una antigua creencia dice que la persona nacida la noche del 24 de diciembre tiene muchas posibilidades de ser lobishome, es decir hombre lobo, y ello porque las fuerzas de la Naturaleza, distraídas por el hecho cíclico y solemne del nacimiento de Cristo, no atenderán con el suficiente interés el momento de dar a luz a otras personas y éstas quedarán a medio camino entre lo animal y lo humano; otras tradiciones, por el contrario, creen que el hecho de nacer en la misma fecha en que lo





hizo Jesús concederá una gracia especial a quien tenga la suerte de ser alumbrado esa noche, y así será Zahorí o adivinador de los lugares en que se hallan tesoros ocultos. Otros dicen que tendrá el poder de pasarse una plancha de hierro por la lengua sin sentir dolor o de caminar sobre el fuego sin experimentar daño alguno. Incluso podrá curar la rabia, sanar las verrugas y acabar con cualquier enfermedad del ganado. En cualquier caso, sea saludador o zahorí, su poder proviene del hecho de que la Naturaleza, la noche del 24 de diciembre se está quieta, se suspende, creencia que se basa en antiguas leyendas apócrifas.

Otra tradición peculiar que se mantuvo hasta tiempos recientes en Castilla y León era la del Obispillo. El día de inocentes en las iglesias y catedrales tenía lugar una función en la que los más jóvenes monaguillos servían en el altar como si fueran canónigos o dignidades, mientras que éstos cumplían los oficios más bajos. Los niños ocupaban las sillas altas del coro en tanto que los mayores se sentaban en las bajas. Todos obedecían a un obispillo elegido entre los niños quien, revestido de mitra y falda y armado con un báculo, cumplía ese día las funciones del ministro de la iglesia. Esta costumbre, que algunos han interpretado como ritual de inversión casi profano tenía en su origen un sentido totalmente cristiano y fue fo-

mentada por las propias jerarquías; se pretendía con ella que los mayores se hiciesen como niños para imitar la inocencia de los degollados. Lo que sucede, como en tantas otras cosas, es que el abuso en la celebración de la fiesta fue haciendo degenerar su sentido y su ritual, llegándose en algunos casos a imitar ceremonias, como la de la confirmación, en la que labradores y artesanos pasaban ante el obispillo quien, con la mano untada de harina les iba dando una palmada en el rostro. Estas y otras bromas, a las que estudiosos de nuestra época dan un carácter de rito de fertilidad, fueron el origen de las famosas inocentadas que tan célebres se han hecho y que han convertido ese día en una fecha especial de la navidad.

En fin, que podríamos estar varios días hablando de creencias y tradiciones, como la de la noche de san Silvestre, la de los aguinaldos o regalos por el nuevo año, la del rey de la faba (seguramente precedente de la sorpresa del roscón de reyes) etc, etc. Por no meternos ya con temas como el del árbol o el cristma o tarjeta que, aunque de origen europeo, tuvieron aquí sus precedentes en las celebraciones gremiales o en el culto al árbol del que, desde luego, hoy día nos hemos olvidado por completo.

Decía el otro día medio en broma a un grupo de universitarios que me visitó en Urueña, que el español de hoy sabe con certeza que no quiere parecerse al español





de hace 90 años, pero ¿sabemos en realidad a qué queremos parecernos? ¿Hemos encontrado el modelo adecuado al que nos gustaría imitar? Me temo que no, y creo además que hemos perdido en esa crítica transición buena parte del bagaje cultural que nos podía transmitir señas de identidad. Nos hemos arrancado -o nos han arrancado- de la tierra de nuestros antepasados pero aún no hemos hallado un pago mejor donde echar raíces. Y ante ese problema estamos hoy; Desde luego no olvido que estamos a fines del siglo XX que es el siglo de los avances tecnológicos pero la fe ciega en el progreso puede acarreamos el peligro de que nos entreguemos a sueños de futuro, tanto más infantiles cuanto más alejados estén de la consciencia y de la valoración del patrimonio tradicional. Pero este es otro tema y no es el que nos ha reunido aquí, que era, como todos ustedes saben, hacer un recorrido amable por las tradiciones y leyendas de la Navidad. Felices días a todos y gracias por su paciencia.



- MARTÍN GONZÁLEZ, J.J.- **Guía artística de la Universidad de Valladolid.** 1993. 119 págs. (Ref. 0044) (ISBN 84-7762-302-3) 970 ptas.
- ALLUÉ HORNA, A. y otros.- **El Valladolid de Ayer.** 1993. 107 págs. (Ref. 0048) (ISBN 84-7762-316-3) 800 ptas.
- MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José.- **La Colección artística de la Universidad de Valladolid.** 1990. 183 págs. (Ref. 7036) 2.500 ptas.
- DÍAZ, Joaquín y otros.- **Bailes de Rueda. Comunicaciones de la 2ª muestra de música tradicional "Joaquín Díaz".** 1994. 71 págs. (Ref. 3125) (ISBN 84-7762-433-X) 600 ptas.
- ANDRÉS ORDAX, S. (Coord.)- **El Cardenal y Santa Cruz (Catálogo de la Exposición).** Color. 1995. 135 págs. (Ref. 0058) (ISBN 84-7762-544-1) 3.800 ptas.
- **Cartelas Reproducción de la Biblioteca de Santa Cruz.** (Ref. Cartela) 10.323 ptas.
- MARTÍNEZ LLORENTE, F.- **Escudo, sello y pendón de la Universidad de Valladolid.** Carpeta con 2 láms. a todo color + 12 págs. de texto explicativo. 41*32 cms. (Ref. 0061) 2.000 ptas.
- ANDRÉS ORDAX, S., MARTÍN GONZÁLEZ, J.J., ALLUÉ HORNA, A. Y ALARCOS LLORACH, A.- **Hermandad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz. Ayer y hoy de la Cofradía de la Universidad de Valladolid.** 1997, 76 págs. (Ref. 0062) (ISBN 84-7762-718-5) 1.500 ptas.
- **CATEDRA SANTA CRUZ.- Grabado japonés, siglos XVIII al XX.** Exposición organizada por el Colegio Mayor Santa Cruz con motivo del Homenaje a los Excolegiales Diplomáticos japoneses. Valladolid, 3 al 14 de Noviembre de 1997. Coed. Colegio Mayor Santa Cruz, Caja España y C&R, S.A. (Ref. 0066) (ISBN 84-7762-770-3) 2.000 ptas.



ISBN: 084



9 788477 626800



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
E INTERCAMBIO CIENTÍFICO

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID